

Introducción

Bernardo Sorj

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B. Introducción. In: *Judaísmo para todos* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2011, pp. III-IX. ISBN: 978-85-7982-056-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

Introducción

Este texto es un esfuerzo de actualizar el judaísmo secular y humanista, que en los tiempos modernos orientó a los mayores pensadores, científicos, artistas y activistas judíos, de Spinoza a Hanna Arendt, de Freud a Einstein, de Gershwin a Chagall, de Kafka a Roth, de Theodor Hertzl a Emma Goldman, de Isaac Deutscher a Amos Oz, así como a la gran mayoría de sus premios Nobel. Judíos, que no invocaban libros sagrados o mandamientos divinos para afirmar una identidad judaica, que se nutrieron de la historia y de la cultura judía, de sus dramas psíquicos y existenciales, de lazos particulares de solidaridad cuando los judíos son perseguidos, como de revuelta cuando los judíos actúan sin sensibilidad frente al sufrimiento de los otros.

Esta actualización se hace necesaria porque el judaísmo moderno, que fue la gran fuerza creadora en el judaísmo del siglo pasado, se encuentra en crisis. Aunque represente la tendencia mayoritaria en la diáspora y en Israel, tanto su voz como su presencia institucional están enormemente debilitadas.

La crisis del judaísmo moderno es producto de las enormes transformaciones que las comunidades judías y las sociedades sufrieron en décadas recientes. Se trata de un mundo pos-socialista y pos-sionista, donde la globalización, la diseminación del discurso de los derechos humanos y la aceptación del multiculturalismo, disminuyeron la conflictividad de la condición judía. Como toda crisis, ella pone al descubierto los problemas y contradicciones de las visiones de mundo que eran consideradas obvias en el pasado.

El judaísmo moderno enfatizó las dimensiones universalistas de la tradición judaica. Haciéndolo así, encubrió las tensiones entre lealtades particularistas y universalistas presentes en la vida de cualquier persona, y que sólo desaparecerán el día – si es que ese día sucederá – en que la humanidad se viva como una sola. Hasta ese momento, los círculos de lealtad y solidaridad serán diversos y a veces conflictivos, y nuestra identificación con el sufrimiento y las alegrías de las personas tendrá pesos diferentes de acuerdo con nuestras varias identidades, familiares, religiosas, locales, nacionales, étnicas. En lugar de esconder estas tensiones, es importante explicitarlas, entender cómo ellas se expresan y así procurar avanzar en

dirección a una mayor capacidad de comprensión de nuestras propias contradicciones internas y de nuestra compleja inserción en el mundo.

La visión de la historia orientada por la creencia en el progreso de la humanidad se reveló errada, o por lo menos excesivamente optimista. Por largo tiempo, por lo menos, viviremos en un mundo donde los conflictos políticos, étnicos y religiosos estarán presentes. Este reconocimiento es fundamental para no asumir una visión del mundo que desconoce los riesgos potenciales que los judíos pueden correr. En caso contrario, estaremos equivocándonos por ingenuos y dejando el terreno de la lucha contra el racismo a aquellos que se alimentan de una visión xenofóbica que se presenta como “realista”, y que alimenta de toda expresión, real y aparente, de antisemitismo.

No sólo la racionalidad no orienta los procesos históricos, como ella no es, ni podría ser, el único fundamento de la subjetividad y de la acción de los individuos. Sentimientos, sensibilidades y la búsqueda de transcendencia están presentes en todo comportamiento humano, religioso o no. Es sobre ellos que se construyen los lazos sociales y las identidades colectivas. No se trata de hacer una apología de las dimensiones no racionales de la vida humana, sino de reconocerlas, única forma de limitar conductas irracionales y destructivas de nuestra humanidad y movilizarlas al servicio de valores humanistas.

El viejo judaísmo secular pecó por exceso de confianza en la capacidad del conocimiento racional de dar respuestas a todos los problemas existenciales, desvalorizando el papel de los ritos y de las dimensiones subjetivas sobre las cuales se construyen los lazos sociales. En lugar de negar los aspectos no racionales del accionar humano debemos reconocerlos y domesticarlos, única forma de limitar el retorno de lo reprimido a través de conductas destructivas.

Al enfatizar las dimensiones universales del judaísmo, el antiguo humanismo secular judaico terminó eclosionando la capacidad de autocomprensión y de justificación de la propia existencia de los judíos. Pues si los valores judíos son los mismos que los valores universales, ¿para qué mantener entonces una identidad judía? El humanismo secular judaico debe recuperar la capacidad de valorizar las particularidades de la tradición y de la historia judaica, sin caer en visiones aislantes y deshumanizadoras, construidas en el miedo y en la desconfianza de lo no judío.

El reconocimiento de las fuerzas de continuidad, de los sentimientos particularistas y de nuestros límites de modelar el mundo debe estar asociado a una visión más humilde del papel de cada generación en la historia y en la sociedad. El judaísmo humanista secular sufrió crónicamente de *hybris*, de un sentimiento de omnipotencia que colocó la humanidad en el lugar de Dios, soñando que podría transformar el mundo a su voluntad. No es el caso. Si Dios está muerto y todo está permitido, es limitada nuestra capacidad de cambiar y comprender el mundo, ya que somos humanos y no dioses. Si las respuestas de la religión sobre el sentido del universo no nos satisfacen, no se trata de encontrar sustitutos seculares, sino de aprender a convivir con una condición humana que presenta enigmas insolubles. Obviamente este reconocimiento no justifica la resignación y constituye la única fuente de actitudes verdaderamente éticas, ya que estas se sostienen en convicciones personales de lo que es cierto o errado, sin ninguna garantía de éxito o de compensación futura, en este o en otro mundo.

Esta *hybris* en relación al mundo se expresó también en relación al propio judaísmo. Toda la tradición cultural religiosa fue despreciada, y, en el caso del sionismo, fue negada la riqueza de la vida en la diáspora y su papel en la sobrevivencia del judaísmo. Así, discrepando y criticando otras tendencias del judaísmo, no podemos dejar de reconocer la actualidad de muchas de sus contribuciones, leídas bajo un nuevo signo, aunque muchos de sus aspectos sean inaceptables para nosotros. En suma, debemos ser **pluralistas**, no como expresión de tolerancia frente a lo diferente, sino de reconocimiento de la parcialidad de cada visión del mundo y de la importancia de la diversidad.

A diferencia del judaísmo secular del siglo XX que se fundaba en certezas sobre el sentido de la vida y de la historia, los judíos seculares del siglo XXI valoran la incertidumbre como fuente de libertad y de compasión. Las certezas dividen y separan, en tanto que asumir las incertidumbres, dudas y temores frente a lo desconocido, el sufrimiento y la muerte, nos dan la debida proporción de la condición humana. Las religiones institucionalizadas reconocen que las dudas invaden inclusive a los creyentes más devotos. Pero para ellas las dudas son momentos de fragilidad y deben ser combatidas. Las personas seculares, de las más diversas tradiciones culturales, viven las dudas y las incertidumbres sobre el sentido de la vida no como una debilidad, sino como fuente de compasión y sensibilidad frente a la condición humana, que

alimenta nuestra curiosidad y que nos lleva a permanecer abiertos a nuevas respuestas y a la valoración de otras culturas.

El ateísmo o agnosticismo en la modernidad es tanto un cuestionamiento más general sobre la existencia de Dios, como una discusión particular con un cierto Dios, aquel dado por la tradición de cada individuo. Cuando un judío se define como agnóstico o ateo, expresa tanto la influencia general del pensamiento y de los valores modernos que colocan en cuestión la existencia de Dios o de su asociación con un cierto formato dado por las religiones, como refleja un cuestionamiento particular, al interior del judaísmo, sobre la capacidad de la religión judaica de dar respuestas convincentes a la búsqueda del sentido de la vida en general y del judaísmo en particular.

El judaísmo secular se construyó inicialmente en oposición a una tradición religiosa que era vivida como opresiva y paralizante. Sin duda, un diagnóstico correcto en la época y no fue casual que los que lucharon en el levantamiento del Gueto de Varsovia, los constructores del Estado de Israel y los que desarrollaron la cultura idish, hayan sido, en su gran mayoría, judíos seculares que se oponían a la ortodoxia religiosa. En el mundo contemporáneo, sin embargo, junto con el renacimiento fundamentalista, dogmático y autoritario, surgen nuevas corrientes donde la religión asume tendencias renovadoras, con orientaciones profundamente humanistas.

El divisor central que se coloca hoy para el judaísmo no es si Dios existe o no, un tema de foro íntimo, sino cómo vivir la religión y su relación con la política. Una división que se da entre aquellos que aceptan una visión pluralista y aquellos que quieren establecer un monopolio en la definición de lo que sea judaísmo; entre aquellos que consideran que hombres y mujeres poseen los mismos derechos y aquellos que justifican una visión subalterna para la mujer o condenan el homosexualismo; entre aquellos que utilizan la religión para imponer sus verdades como absolutas y aquellos que creen en la democracia y separan la política del mundo de las creencias transcendentales. Así, la cuestión no es la existencia o no de Dios, pues el siglo XX nos enseñó que el ateísmo, también él, puede ser una ideología inquisidora y totalitaria, pero si, en nombre de Dios, o del ateísmo, alguien se considera con derecho de imponer a los otros sus creencias.

Lo que distingue un judío humanista de alguien que no lo es, por lo tanto, no es Dios, comer *kasher* o usar *kipa*. Ellos representan un divisor de

aguas solamente en la medida en que son usados para descalificar el judaísmo del otro y disminuir su legitimidad en el espacio público. Lo que caracteriza al judío humanista es la orientación práctica de respeto y valoración de la dignidad humana de todas las personas y pueblos, no permitiendo que las creencias o sentimientos de identidad colectiva deshumanicen aquellos que no participan de ellas. En este sentido, el judaísmo humanista es un esfuerzo constante de reinterpretar la tradición para que ella pueda ser parte, y no obstáculo, de la lucha por la dignidad de todo ser humano.

Por todas estas razones, el judaísmo humanista secular, en este siglo XXI, debe estar profundamente asociado a la defensa de la democracia. La libertad de conciencia, el respeto a la dignidad de todo ser humano, la justicia social, son valores fundamentales pero que pueden volverse retórica si no se encuentran anclados en instituciones que los aseguren y permitan la lucha constante por la preservación y ampliación del derecho a luchar por derechos. La democracia es fundamental para el Estado de Israel y es la única salvaguardia para que los judíos en la diáspora podamos desarrollarnos en paz y dignidad. Ella debe ser el modelo de la organización de las comunidades judías. Solamente el diálogo, el respeto y la capacidad de convivencia con las tensiones que naturalmente genera la diversidad de corrientes dentro del judaísmo pueden mantener la unidad dentro de la diversidad.

En la últimas décadas, los cambios dentro del judaísmo se han acelerado, produciendo inseguridad en muchas instituciones judías, llevándolas muchas veces al enclaustramiento y al alejamiento de las voces disonantes. Como planteó Albert Hirschman, cuando las organizaciones de las cuales somos parte nos dejan descontentos, nuestra primera reacción es expresar nuestra insatisfacción, usar nuestra voz. Pero la disposición a protestar depende del grado de lealtad, de nuestra voluntad de no abandonar el barco. En la medida en que nuestra voz no es oída, nuestra lealtad disminuye, y muchos optan por la salida. El autor de este libro, aunque respete esta opción, cree que ella puede ser tanto empobrecedora – pues implica el alejamiento de una tradición enriquecedora – como innecesaria.

Buena parte de los nuevos vientos en el judaísmo, a pesar de de la neblina generada por instituciones oficiales, sopla en el sentido de la renovación, y los judíos, en su gran mayoría, cada vez más se orientan hacia un judaísmo sin miedo de abrirse al mundo. En forma creciente están surgiendo nuevas formas de judaísmo que rompen con los modelos de la

tradición, religiosa o secular, respondiendo a los desafíos de los tiempos actuales. El judaísmo hoy es extremadamente diverso y rico, aunque buena parte de esta diversidad sea desconocida inclusive por la mayoría de los judíos. En general, se trata de un judaísmo muy diferente de aquel de nuestros antepasados, abierto al mundo, no fundado en el miedo a la persecución, sino en el orgullo de ser parte de una cultura y una historia con enormes activos, que se enriquece en el intercambio entre *ydn* (judíos) y *goyim* (no judíos), en lugar de excluirse y aislarse.

Como toda identidad cultural, el judaísmo es una mezcla de destino y opción. Durante casi dos mil años, las circunstancias históricas llevaron a que ser judío fuese vivido como un destino. Cada vez más es una opción. Opción de ser judío y opción de cómo serlo. De nacer judío y querer continuar siéndolo. De ser judío y querer que los hijos también lo sean. De no nacer judío y disponerse a compartir la vida con judíos y tener hijos judíos.

Nuestra percepción de la realidad se da a través de conceptos que delimitan tanto el objeto como el valor que le otorgamos. Luchar por cambiar el mundo, tanto el personal como la sociedad, implica en un esfuerzo constante para percibir el mundo en forma diferente, esto es, dar nuevos significados a viejos sentimientos y conceptos y, si necesario, crear nuevos. El sentido último de la libertad como derecho inajenable es la posibilidad de cada individuo elaborar autónomamente su propia percepción de la realidad y colocarla en debate en el espacio público. Y esto incluye lo que es ser judío y el sentido del judaísmo.

El judaísmo sobrevivió por la capacidad constante de renovarse y adaptarse a las nuevas circunstancias. Espero que este libro contribuya a identificar estas nuevas tendencias y promover una visión pluralista del judaísmo. Toda respuesta a preguntas como “¿Quién soy/somos? ¿Qué camino debo/debemos seguir?” estará siempre repleta de tensiones y contradicciones. Nosotros, individuos y grupos sociales, somos vectores de deseos y valores contradictorios. El discurso intelectual tiende a crear la ilusión de que es posible ser coherente, cuando nuestra experiencia nos enseña que la realización absoluta de un valor puede significar abdicar o anular otros valores igualmente importantes. Individualismo y solidaridad muchas veces entran en choque, así como valores particularistas y universalistas. Vivir en libertad significa no sólo la posibilidad de elegir sino también de reconocer que toda elección implica conciliar valores

diferentes en un esfuerzo permanente de dosificación y creatividad. Y, para aquellos que buscan respuestas en el judaísmo, recordar que el problema no es lo que es ser judío – ya que el judaísmo es múltiplo- pero elegir el judío que se quiere ser.